

Vesel-Bajá, compuesto de treinta y dos mil hombres. El diez y seis del mismo mes, Gurko se enseñoreaba de Filipópolis. Las columnas moscovitas asomaron por todos los pasos de los Balkanes, convergiendo hacia Andrinópolis, en donde Soliman-Bajá se esforzaba en preparar un nuevo campo atrincherado; pero el enemigo, cortando sus comunicaciones con la plaza, lo arrojó sobre el macizo de Rhodopo. El veinte de Enero, las fuerzas rusas operaban su concentración en Andrinópolis. La derrota de los turcos era general. Los servios, que habían vuelto á empuñar las armas el catorce de Diciembre, más afortunados que en la campaña precedente, plantaban su bandera en Pivot y en Nisch, y los montenegrinos, después de ocupar á Antivari y á Dulciño, marchaban sobre Scutari. No les quedaba á los turcos más recurso que sufrir la ley del vencedor.

Desde la caída de Plevna, el gobierno de Abd-ul-Hamid había intentado negociar proponiendo la mediación de Inglaterra, que Rusia declinó. Solicitó enseguida la intervención colectiva de las grandes potencias, mas éstas no consiguieron ponerse de acuerdo. La corte de Berlín, sin cuyo concurso la intervención era imposible, juzgó político no herir de frente el amor propio de Rusia, interponiéndose entre ella y Turquía, en medio de sus victorias. Pensó que convenía, por de pronto, dejar que el imperio moscovita dictase sus condiciones al vencido, calculando que habría tiempo de obligarle á revisar la paz sin que Alemania ni Europa hubiesen de perder nada con dar pruebas de paciencia. Afectó, de consiguiente, estar animada de los sentimientos más amistosos para con el gabinete de San Petersburgo, é hizo prevalecer la idea de ser necesaria la negociación previa directa de las partes beligerantes. Turquía, sometiéndose al rigor de las circunstancias, declaró, el tres de Enero, que estaba pronta á tratar sin intermediarios con el gobierno moscovita. El nueve de dicho mes, en el momento que los rusos acababan de pasar los Balkanes, Turquía pidió una suspensión de armas; pero Rusia, que conocía sobradamente la doblez otomana y, por otro lado, deseaba acercarse todo lo posible á Constantinopla, rehusó conceder un armisticio mientras no se firmaran las condiciones preliminares de la paz. Para negociarlas, se presentaron el diez y nueve del mismo Enero en Kasanlik, punto en que se hallaba á la sazón el cuartel general ruso, los plenipotenciarios turcos Server-Bajá y Namik-Bajá. Confiando siempre en Inglaterra, donde la opinión pública manifestábase muy irritada á pesar de los esfuerzos de los gladstonianos, los negociadores turcos repugnaban suscribir las proposiciones formuladas por Rusia. En su vista, los rusos, como hemos dicho, continuaron su movimiento de avance, arrastrando consigo, hasta Andrinópolis, á Server-Bajá y á Mamik-Bajá, á quienes notificaron el veintisiete de Enero que, si en el plazo de tres días no cejaban en su resistencia, las tropas del gran duque Nicolás emprenderían, sin dilación, su marcha sobre Constantinopla. La firmeza de Rusia desbarató el plan de ganar tiempo que acariciaba el gobierno del sultán. Server-Bajá y Namik-Bajá recibieron autorización para aceptar las condi-

ciones de paz, cualesquiera que fuesen, y en su virtud, el día treinta y uno firmóse el primer convenio entre Rusia y Turquía, consistente en un protocolo que contenía las bases esenciales del arreglo, no los preliminares minuciosos. Según él, Bulgaria formaría, en lo sucesivo, un principado autónomo, tributario, con gobierno cristiano, nacional, y milicia indígena, sin que pudiese haber allí tropas otomanas: para trazar sus límites, se tendría en cuenta la nacionalidad de la mayor parte de la población, no debiendo ser aquéllos más reducidos que los determinados en la conferencia de Constantinopla. Estipulábase el reconocimiento de la independencia del Montenegro, de Rumanía y de Servia, aumentándose la extensión del primero con las comarcas por él conquistadas, concediéndose á la segunda una indemnización territorial suficiente y asegurándose á la última la rectificación de sus fronteras. Se dotaba á Bosnia y á Herzegovina de administración autónoma, debiendo implantarse reformas análogas en otras provincias cristianas de la Turquía europea. La Puerta se obligaba á indemnizar á Rusia de los gastos de la guerra y de las pérdidas sufridas, aplazándose para más adelante el determinar si dicha indemnización consistiría en metálico ó territorios. Los derechos é intereses de Rusia en el Bósforo y los Dardanelos serían garantidos por el sultán, de acuerdo con el emperador. Se estaba conforme en que comenzara á discutirse enseguida, en el cuartel general y por los plenipotenciarios de los dos gobiernos, los preliminares de la paz. Conveníase en estipular un armisticio, firmado el cual todos los ejércitos beligerantes, sin excluir los de Rumanía, Servia y Montenegro, suspenderían sus hostilidades en tanto duraran las negociaciones para la paz definitiva; el gobierno turco daría al mismo tiempo á sus tropas la orden de evacuar las plazas fuertes de Viddin, Ruschuk y Silistria, en Europa, y la de Erzerun en Asia, autorizando al par á los rusos para ocupar provisoriamente los puntos que se señalasen.

El convenio de armisticio se ajustó el mismo día treinta y uno de Enero: constaba de diez párrafos y debía denunciarse con tres días de antelación. En dicho documento, se demarcaba la zona neutral, mereciendo consignarse el hecho de tratar Rusia en nombre de Rumanía y de Servia, sin consentimiento expreso de este último Estado, mientras, en lo tocante al Montenegro, limitábase á hacer constar que le propondría la suspensión de las hostilidades y la aceptación del armisticio, de donde se infería, sin género de duda, que Rusia consideraba al Montenegro como Estado independiente. Además de las plazas fuertes designadas en el protocolo fundamental, los turcos se comprometían á abandonar las de Belgradgik, Rasgrad y Hadyi-Aglu-Basardchik. El tres de Febrero, llegó el conde de Ignatieff á Andrinópolis para continuar las negociaciones: las condiciones de paz, que estaba encargado de exigir, eran mucho más duras que las firmadas después en San Estéfano: en ellas no se reservaba á los otomanos, en Salónica, sino una lengua de tierra sumamente estrecha.

En Viena y en Londres, produjo el mayor descontento la noticia del compromiso de treinta y uno de Enero. Francisco José temió, fundadamente, que Alejandro II olvidase el arreglo secreto concertado entre ambos en Enero del año anterior. Creyéndose burlado, pensó con verdadero susto en la celebración próxima de un tratado, que colocara la península de los Balkanes y el curso inferior del Danubio bajo la dominación exclusiva de Rusia. Apresuróse, pues, á declarar, por boca de su gobierno, que miraría como nulos y no existentes cualesquiera acuerdos definitivos entre las partes beligerantes en todo aquello que modificaran los tratados en vigor, ó afectara á los intereses generales de Europa, ó á los particulares de Austria-Hungría, y propuso la reunión de una conferencia en Viena, para dirimir los puntos litigiosos: al mismo tiempo, empezó á movilizar sus tropas y á concentrarlas hacia el lado del Danubio inferior y de la Iliria. Inglaterra hizo aún más. Lord Beaconsfield, venciendo dificultades y consideraciones secundarias, lo subordinó todo á la defensa de la posición que su patria ocupaba en el mundo, y el catorce de Febrero, la escuadra británica, que conducía un cuerpo de desembarco bastante numeroso, pasaba los Dardanelos é iba á fondear en la isla de los Príncipes, es decir, frente á Constantinopla. El príncipe de Gortchakof disimuló su contrariedad, alegando sofisticamente, ante la simple amenaza del movimiento de la escuadra inglesa, que Rusia nada tenía que oponer á él, pues precisamente en mil ochocientos setenta y seis había propuesto que se ejecutase una demostración naval mancomunada: se conceptuó, sin embargo, libre de cumplir su promesa de no ocupar á Constantinopla.

El gobierno de San Petersburgo, que quería ganar tiempo para ultimar sus negociaciones con Turquía, no contestó á la nota austro-húngara, pretendiendo distinguir, no sin sutileza, en el futuro acto de paz, lo tocante al interés de Europa y lo relativo al interés peculiar de Rusia y del Imperio otomano: propuso que la reunión solicitada se verificase en Baden, y añadió que, en lugar de conferencia, debía convocarse un congreso, esto es, un consejo diplomático, cuyos individuos llevasen plenos poderes no sólo para discutir, sino para tratar en nombre de las grandes potencias. A fin de conquistar en favor de esta idea el apoyo de Alemania, á los pocos días invocó los buenos oficios del gobierno de Berlín y expresó su deseo de que el congreso se celebrase en esta capital. Por grande que fuese su astucia, Gortchakof era juguete de la habilidad de Bismarek. Con arte consumado, este último, que desde hacía tiempo halagaba simultáneamente á Rusia y a Austria-Hungría, sin comprometerse, empero, con ninguna, parecía alentar al canciller ruso para granjearse su confianza. El diez y nueve de Febrero, obligado á explicarse en el *Reichstad* acerca de la conducta que pensaba seguir en medio de las potencias interesadas en la cuestión de Oriente, manifestaba que Alemania no aceptaría el papel siempre molesto y peligroso de árbitro, siendo su propósito limitarse á prestar sus buenos oficios y á contribuir con su mediación al restablecimiento y consolidación de la paz europea: su

misión era la del *honrado corredor*, encargado de acercar entre sí al comprador y al vendedor: su mayor anhelo, agregaba, era mantener la buena armonía entre Viena y San Petersburgo. No obstante, aparentaba sentir secreta inclinación hacia Rusia. «¿Porqué, preguntaba, se empeñarían ciertas potencias en declararle la guerra? Victoriosas, continuaba, no podrían restablecer la dominación otomana, siéndoles, por tanto, preciso sustituir la solución rusa con otra de su gusto. Pero, ¿cuál adoptarían y quién se encargaría de aplicarla? Es probable que si Rusia no logra obtener desde ahora el consentimiento de las demás potencias cofirmantes del tratado de mil ochocientos cincuenta y seis, se consuele con este pensamiento: contentémonos con lo que tenemos: *beati possidentes*».

A causa de haber hecho dimisión de su cargo el plenipotenciario turco Server-Bajá, la Puerta había enviado á Andrinópolis en lugar suyo á Savfet-Bajá. En vista de la decidida actitud de Inglaterra, el gran duque Nicolás propuso al nuevo delegado que el ejército ruso ocupara á Constantinopla, de acuerdo con el gobierno del sultán, y emplazara sus cañones al lado de los turcos, para oponerse á la entrada de la flota británica en el mar de Mármara. La Puerta no se atrevió á adoptar determinación tan extrema, y como, por otra parte, viese el gran duque que las negociaciones de paz seguían una marcha sumamente lenta, en veintiuno de Febrero comunicó á Savfet-Bajá su resuelto propósito de trasladar el cuartel general á San Estéfano, en donde, en efecto, se presentó con numerosas tropas el día veinticuatro, siendo recibido por el ministro de la Guerra otomano, Reuf-Bajá, y por el jefe de las fuerzas turcas apostadas delante de Constantinopla. San Estéfano está situado en las inmediaciones de esta capital. Aun se prolongaron las negociaciones algunos días, no sólo por la persistente tenacidad de los plenipotenciarios turcos, sino por la arrogancia de Inglaterra, según declaración del gran duque. Por fin, el siete de Marzo, se firmó el tratado preliminar de paz de San Estéfano, que constaba de veintinueve artículos. Este pacto era la consagración brutal y despiadada de los triunfos militares obtenidos por Rusia. Proclamábase en él la independencia del Montenegro, cuya extensión territorial se cuadruplicaba, concediéndole, además, dos puertos en el Adriático. Se reconocía, asimismo, la independencia de Rumanía y de Servia, agregando á esta última el territorio de Nisch. Se erigía la Bulgaria en principado autónomo, señalándole por límites al Este el mar Negro, al Sur el Archipiélago y al Oeste Darin y las montañas de la Albania: su superficie resultaba ser de ciento sesenta mil kilómetros cuadrados, no quedándole á la Puerta en Europa sino unos ciento sesenta mil, divididos en cuatro pedazos, de los que dos (Constantinopla y Gallipoli con su territorio por una parte, y la península de Salónica por la otra), no podían comunicarse entre sí y con el resto del imperio más que por mar, y los otros dos (por un lado Bosnia y Herzegovina, y por otro Tesalia y Albania) se enlazaban mediante un estrecho desfiladero, dominado por el Montenegro y Servia. Al frente de Bulgaria, habría un príncipe vasallo

de la Puerta, elegido por los naturales, con el asentimiento de las grandes potencias; pero la constitución del nuevo Estado debía formarse *bajo la vigilancia* de un comisario ruso, encargado de administrar el principado por espacio de dos años, y durante este mismo plazo, cincuenta mil soldados del Czar ocuparían el territorio búlgaro. Se ordenaba demoler todas las fortalezas construidas en las orillas del Danubio, declarándose libre la navegación por este río. Debía dotarse á Bosnia y á Herzegovina, bajo la inspección de Austria-Hungría y de Rusia, de las instituciones reclamadas en la conferencia de Constantinopla. Aplicaríase formalmente en Creta el reglamento de mil ochocientos sesenta y ocho, debiendo redactarse, de *acuerdo con Rusia*, reglamentos análogos para las demás provincias griegas del imperio: también en Armenia habían de implantarse, con la protección del Czar, reformas capaces de asegurar el reposo y la libertad de los habitantes. La indemnización de guerra se fijaba en mil cuatrocientos diez millones de rublos, descompuestos en esta forma: novecientos millones, por los gastos de guerra propiamente dichos; cuatrocientos, por los perjuicios causados al litoral meridional ruso, al comercio de exportación, á la industria y á los ferrocarriles; cien, por las pérdidas experimentadas en el Cáucaso, y diez, por las concernientes á los súbditos y entidades moscovitas. Añadíase, sin embargo: «Teniendo en cuenta los apuros económicos de Turquía y accediendo á los deseos de S. M. el sultán, el emperador de Rusia consiente en sustituir la mayor parte de las sumas citadas por la cesión de los territorios siguientes: Primero. El Sandyacato de Tuldeha, es decir, los distritos de Kilia, Salina, Mahmudie, Isaktcha, Tuldecha, Machin, Babadag, Tirsova, Kustendche, Medidye y las islas Delta y de las Serpientes.—Segundo. En Asia, Ardahan, Kars, Bayazid y el territorio que se extiende hasta Saganlah». Rusia, que no deseaba la posesión del Sandyacato de Tuldecha (parte de la Dobrudscha), se reservaba traspasarlo á Rumania, sin contar con la voluntad de ésta por supuesto, á cambio de la parte de la Besarabia, cedida por el Czar en mil ochocientos cincuenta y seis. En otros artículos del tratado, se facultaba á los habitantes de los territorios incorporados á Rusia á abandonarlos y á vender sus propiedades, en la inteligencia de que, transcurridos tres años, cuantos no hubiesen emigrado se considerarían como súbditos rusos; se acordaba garantizar los intereses privados de los rusos que viviesen en Turquía; colocábanse bajo la protección del Czar los derechos de los religiosos rusos establecidos en el imperio otomano, así como los de los monjes del monte Athos; se declaraban vigentes los antiguos tratados de comercio celebrados entre las partes contratantes, y abiertos en todo tiempo los Dardanelos y el Bósforo á los buques mercantes; por último, se dictaban las disposiciones de costumbre acerca de la evacuación de los territorios ocupados, de la restitución de prisioneros y del cambio de las ratificaciones.

En el entretanto, habíase desenlazado, de la manera prevista por Bismarek, la violenta crisis que provocaran imprudentemente los monárquicos franceses el diez y seis de Mayo

de mil ochocientos setenta y siete. En Francia y fuera de ella, la prensa y la opinión juzgaron el acto realizado en dicho día como el desquite del cuatro de Mayo y la respuesta de los ultramontanos á la Cámara. Para atenuar los efectos de este juicio, el mariscal Mac-Mahón declaró, por conducto de la Agencia Havas, que tenía el firme propósito de mantener la paz con todas las potencias y de reprimir, sin contemplaciones, los manejos ultramontanos. Al mismo tiempo, escribió una carta afectuosísima al duque de Decazes, pidiéndole continuara al frente del departamento de Negocios Extranjeros; el duque cedió, sin trabajo, á la solicitud de Mac-Mahón. El general Berthant conservó también la cartera de Guerra; el duque de Broglie se hizo cargo de la de Justicia, con la presidencia del Consejo, y Fourtou fué nombrado ministro de lo Interior.

El gabinete Broglie-Fourtou era una extraña amalgama de orleanistas y de bonapartistas, divididos en la cuestión política, pero unidos estrechamente por el clericalismo. La famosa nota de la Agencia Havas no fué desmentida oficialmente por los nuevos ministros; pero el *Universo* declaró que el gobierno rechazaba la responsabilidad de ella, y nadie puso el menor correctivo á sus palabras. El diez y ocho de Mayo, Fourtou leyó en la Cámara un mensaje del mariscal suspendiendo las sesiones. «Estoy convencido, decía el presidente de la República, de que el país piensa como yo». Esta afirmación era gratuita, en tanto no se consultase á Francia, como era inexacta la otra que contenía el expresado documento, según la cual casi todos los pretendientes á la diputación, en mil ochocientos setenta y seis, habían autorizado sus candidaturas con el nombre del mariscal. La promesa de respetar la república, que se consignaba en el mensaje, era, no sólo inexacta, sino falaz y engañosa, no siéndolo menos la de practicar lealmente las instituciones, hecha por los ministros. Después de leído el mensaje, el presidente, Grevy, dijo con gravedad, dirigiéndose á los republicanos: «Mantenéos en la legalidad; mantenéos en ella con prudencia, con firmeza, con constancia», y la sesión se levantó en medio de los aplausos prolongados de trescientos sesenta representantes. ¡Viva la República!, gritaba la izquierda, y ¡Viva Francia! la derecha, que, á ser sincera, hubiera gritado: ¡Viva el poder personal!

«El acto patriótico de diez y seis de Mayo», como Fourtou debía escribir pocos días más tarde en una circular, fué censurado en toda Europa con severidad rayana en indignación. Los periódicos más conservadores, los menos sospechosos de indulgencia para con la República, no acertaban á explicarse la insólita salida del mariscal. En la liberal Inglaterra causó profunda sorpresa. «Un soberano, dijo más adelante Bagheot en su libro *La Constitución Inglesa*, puede conceder y concede, en efecto, á un ministro que carece de mayoría en la Cámara de los Comunes la facultad de acudir, en són de consulta, al cuerpo electoral; pero herir por la espalda, por decirlo así, y asesinar, mediante un llamamiento al país, que de ese modo es convertido en cómplice, á un ministerio sos-